

A Ricardo,
esta es jeroglífico
de Ali

S A L Ó N D E B A I L E

Música y noche arden renovando el espacio, inundan
sobre el ceno las áridas pupilas, relámpagos caídos
al bronce que precede la cima del letargo.

De orilla a orilla flota la penumbra
siempre reconocible, aquella que veían y hoy miramos
y habrán de contemplar en el dintel
donde una estrella ciude la catástrofe, airosa
ante el insomnio donde nacen la música y la noche
como si un viento o la canción dejaran restos de su humedad.

Puesta la boca sobre el polvo por si hay esperanza
o por si acaso, en el placer la arcilla anima la memoria
y la conservación violenta de la especie.

Porque amados del himno y las tinieblas, aprendiendo a morir
los cuerpos desafían el sosiego:
descienden sierpes, águilas retornan con áspero sopor,
y en lucha contra nadie tejen la sábana que aguarda
como la faz al golpear un paño oscuro
hace permanecer el miedo en una fatiga inagotable.

Sudores y rumor desvían las imágenes,
asedian la avidez frente al girar del vino que refleja
la turba de mujeres cantando bajo el sótano.

A humo reducidos los ojos de la esclava,
 alud que en vano ruega, ahí holgará la estirpe confundida
 por bárbaros naufragios, desoyendo
 la espuma de la afrenta, el turbio eco al compartir
 con islas que desolían armonías
 la sofocante forma del lecho vencedor.

Desde su estanque taciturno increpan los borrachos
 el bello acontecer de la ceniza, y luego entre las mesas
 la tiranía agolpa un maro de pañales.

Sobre la roca inerte se disipa el nombre que grabó
 la cautelosa bestia: asolada la máscara
 en la sombra, tranquilo escombro que antes del despiome
 ignora la espesura colmada de la herrumbre,
 en su orfandad exige, implora, accede
 al siglo de la vida propicia a la simiente.

Cuando cede la música al fervor de la apariencia, grises
 como las sílabas que olvida el coro,
 casi predestinados se encaminan los rostros a lo eterno.

Vuelve la espada a su lugar, arrastra
 hacia el asombro de Caín el dócil resplandor
 del movimiento, impulsos y distancia mezclan la misma oía
 y sólo en su heredad persisten los borrachos,
 vulnerables columnas que prefieren
 del silencio elegido la sapiencia de la desesperanza.

Alí Alvarado

M U J E R A N T E E L E S P E J O

Deja la sombra, advierte la humareda
velando el oleaje de los años: fervor y compasión
desde el abismo alternan castidades segadas
y el perenne danzar de Salomé.

Tu sonreír la escoria desafía, por un instante alienta
escamas que prolongan el destellar del pelo
y alzan la imagen de la juventud,
en tanto el tiempo tórnase en espacio, tardío atardecer
suspense entre el rumor de la corriente impura.

Tú, que labraste anónimo laurel
y por las noches el amar trocabas en pálida sentencia,
avivas el fulgor que a la serpiente engaña
cuando cruza la ola del sonido.

Levanta del recuerdo aquel vacío donde a ojos cerrados,
sin odio ni embriaguez, te recostabas, tría
como el asombro, a renacer clamores
y jardines recientes, precediendo la única tormenta
que aniquila en el valle mortal los infortunios.

Llora si quieres, cúbrete de escarnio
ai contemplar en humillada piel el esplendor que iba,
de calle en calle, hendiendo un vendaval de tigre
a veces por el vino restañado.

En épocas de crimen, los placeres de ti se desprendían
como pueblos y arenas, comarcas y naufragios,
y tus cabellos eran desnudez;
pero cierra los párpados y deja al tiempo agonizar,
porque la estatua al fin presiente su derrumbe.

México, 18 de agosto - 17 de septiembre
de 1958.

Ali Chumacero